

Daniel Schávelzon

El cambio como tradición: Buenos Aires y su historia de la vivienda desde una lectura arqueológica. *Anales de Arqueología y Etimología* 59-60:253-277. 2005 – FFyL., UNC, Mendoza

EL CAMBIO COMO TRADICIÓN: BUENOS AIRES Y SU HISTORIA DE LA VIVIENDA DESDE UNA LECTURA ARQUEOLÓGICA

Daniel Schávelzon

Centro de Arqueología Urbana, Universidad de Buenos Aires
dschav@fadu.uba.ar
Campos Salles 2063, (1429), Buenos Aires, Argentina

RESUMEN

Buenos Aires ha sido una ciudad que ha destruido casi toda evidencia material de la arquitectura de sus primeros tres siglos de historia. La arqueología ha logrado recuperar una casa completa la que ha sido estudiada por diversas vías simultáneas dado su interés. Se presenta a evidencia de los cambios que ocurren en estas arquitecturas y llevan a su destrucción, al igual que la reconstrucción de los hábitos domésticos sucedidos en su interior.

Palabras clave: historia, arqueología, vivienda

Buenos Aires es, casi con absoluta certeza, la única ciudad de América Latina que ha destruido casi toda evidencia arquitectónica de los 250 primeros años de su historia. Y si fue fundada en 1580 no casualmente la ciudad no tiene ni un solo ejemplo de arquitectura fundacional (siglo XVI); queda un único fragmento discutible de una fachada de iglesia del siglo XVII y ninguna casa entera incluso del siglo XVIII, tampoco hay un edificio público no transformado; las iglesias y conventos de ese siglo sólo se conservan muy alteradas sin ninguna fachada original y a veces sólo en fragmentos. Es decir que ya no hay nada reconocible o

auténtico anterior a la mitad del siglo XIX. Puede parecer trágico o cómico, según cada quien, pero para la investigación científica el ubicar restos de arquitecturas

coloniales y poder estudiarlos, aun incluso que sea de los inicios del siglo XIX, se hace trascendente.

Es por eso que se torna importante que en el año 1833, entre los documentos elevados a un juez de la ciudad de Buenos Aires por una viuda y sus hijos, se hallaba la siguiente anotación al pie de la descripción de una vivienda modesta en la zona sur de la ciudad:

“El finado Don Marcos de la Rosa murió intestado a manos de los ingleses en la entrada de Witelot (Whitelock) a esta ciudad, y su viuda Doña Gregoria Pinel queda con dos hijos menores, Don Santiago y Doña Juana y un póstumo que dio a luz, una niña Doña Juana, mes y medio de la muerte de su esposo. Y habiendo vivido esta niña algunos tres meses, vino a heredar a su finado padre con sus dos hermanos (...) la finca que hoy se trata de dividir...”

La trágica muerte de Don Marcos durante la segunda invasión militar de Inglaterra a estas tierras debe haber pasado casi disimulada entre las muchas que hubo, y no hay duda que ni Doña Gregoria ni el juez tenían idea que esa casa iba a sobrevivirlos y llegaría casi intacta hasta hoy, es más, que sería fruto de interés científico. Y que fuera la que muchos consideran como la más antigua que sobrevive en la ciudad. Menos aun se le ocurriría a esa gente que su modesta casa, que había sido construida en la tipología más común la ciudad como eran las de casi todo Buenos Aires, sería parte de un tipo que desaparecería rápidamente por culpa de una oscura Ordenanza Real del 20 de febrero de 1784, quedando su casita como el único testigo que llegara al siglo XXI.

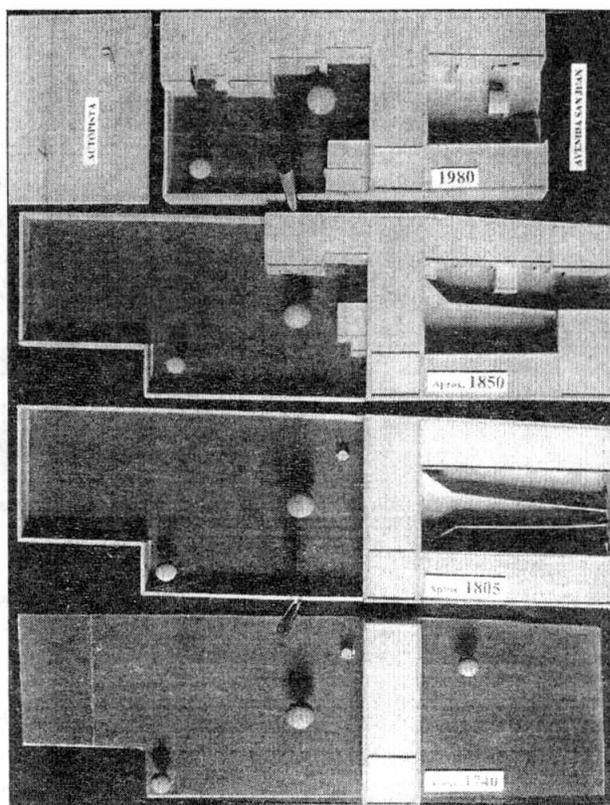


Figura 1. Maqueta de las construcciones y su cronología

¿Pero por qué nos preocupa la historia de una casa familiar? No es sólo por prurito cronológico –aunque fuera *la más antigua de la ciudad*–; en realidad nos interesa mucho más porque, aunque parezca poco creíble desde otras latitudes de América Latina, queremos indagar más acerca de algo que veníamos viendo desde unos años atrás: que una de las constantes urbanas sostenidas a lo largo de más de 400 años, es la del cambio, la de la no permanencia de los inmuebles. En un primer libro resultado de más de veinte casos estudiados histórica y arqueológicamente (Schávelzon 1999) se llegaba a la conclusión que las viviendas privadas se demolían o transformaban profundamente al menos cada veinte años; y que los edificios públicos no alcanzaban a llegar a los sesenta años sin profundos cambios. El significado que esto tiene para la historia de la arquitectura, de la ciudad y ni hablar del patrimonio, es enorme y preocupante.



Figura 2. Estado actual de la casa

Esta pequeña casa resultaba así excepcional en la medida en que pudimos tenerla casi íntegra; fue un verdadero hallazgo pese a que el terreno muestra una imagen patética: construcciones derrumbadas, plantas crecidas, escombros y basura por toneladas; fue realmente difícil entender que en medio de tantas paredes derruidas estaban los restos de lo que pudiera ser la casa más antigua de la ciudad. La primera observación alertó que entre tantas obras nuevas y demoliciones quedaba en pie, íntegra, una casa del siglo XVIII y a partir de allí se comenzó un operativo histórico, arqueológico y de preservación¹ con el objeto de estudiar si todo eso –su antigüedad, su importancia patrimonial y sus posibilidades arqueológicas– eran ciertas y operar en consecuencia.

¹ Desde la Subsecretaría de Acción Cultural del Gobierno de la Ciudad (luego Dirección general de Patrimonio).

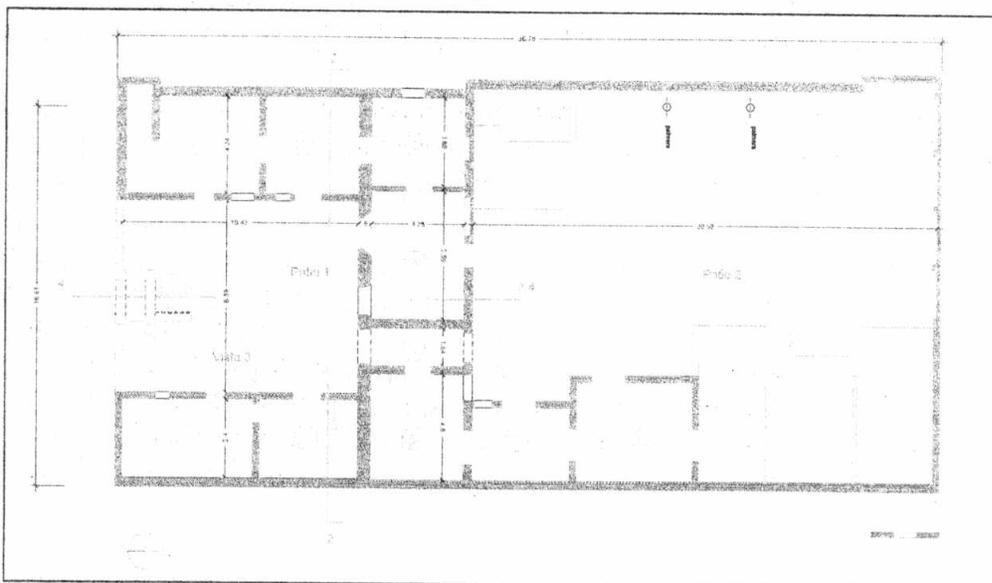


Figura 3. Planta general de la casa de siglo XVIII ubicada en San Juan 338 CF. Bs As.

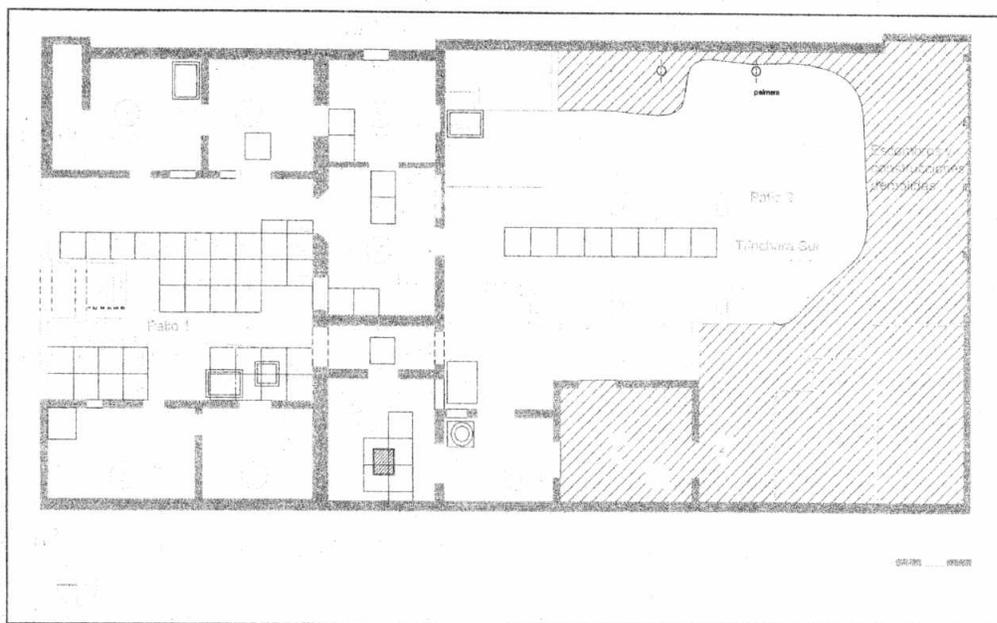


Figura 4. Casa del siglo XVIII con la ubicación de las excavaciones arqueológicas.

En el año 1996 se había iniciado en la ciudad lo que conoceríamos como arqueología municipal. No era la primera vez que en el país se hacían trabajos de

arqueología en edificios históricos en relación con municipios, incluso había ya buenas experiencias, pero la posibilidades que brindaba la apertura democrática de

un Intendente elegido por votación posibilitó nuevas alternativas. En este caso se organizó un equipo que actuara en función de los requerimientos municipales y no de un sistema universitario². Esto no fue fácil de definir, es decir lograr establecer los límites entre una y otra manera de actuar, ya que no implicaba diferencias teóricas o metodológicas sino el aceptar que los proyectos surgían en función de necesidades, preguntas y programas patrimoniales que eran gestados en instancias más amplias, externas a la arqueología misma. Los primeros proyectos fueron ya estudiados y publicados³. Con los años se observó una diferencia fuerte con la arqueología urbana tradicional: la hecha por el municipio implicaba una responsabilidad extra en la difusión del conocimiento generado y en el manejo y exhibición del material cultural, el que se transformaba en patrimonio histórico en forma inmediata.

Desde la primera visita al lugar las preguntas que se nos hacían eran claras: se nos llamaba para dar respuestas sobre las cuales tomar decisiones: 1) la antigüedad de todo y de cada sector de esta construcción, 2) la valoración patrimonial y 3) la función original del edificio, deslindando los agregados recientes.

Pero esto era arqueología histórica, o como se la ha denominado por sus problemáticas específicas, arqueología urbana, y por lo tanto no se podía desprender de su propia especificidad. Por lo tanto se establecieron objetivos puramente científicos: 1) aportar al conocimiento de la vida doméstica en la ciudad en una área fuera del centro como era el ejido; 2) definir tendencias de consumo alimentario para cada época, en especial para el siglo XVIII e inicios del XIX y 3) ayudar a ampliar el conocimiento de la cultura material en los momentos anteriores a la construcción de la casa más antigua.

Para lograr responder estos interrogantes fue necesario establecer un estudio interdisciplinario en que intervinieron especialistas de las más varias ramas de la ciencia. Fue por ello que se plantearon varias vías de búsqueda de información, las

² El tema puede verse en Daniel Schávelzon, "Arqueología y gestión en el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires: los Hitos de la Memoria (1996-2000)", *Arqueología Histórica Argentina* pp. 683-690, Editorial Corregidor, Buenos Aires, 2003 y en "Arqueología y municipio en Buenos Aires, los hitos de la memoria urbana", *Actas: IV Congreso Internacional de Estudios Iberoamericanos*, Pontificia Universidad de Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 2000 (edición en CD).

³ Véase como ejemplo a Daniel Schávelzon con M. Silveira, M. Ramos, N. Pérez y G. Paez, *Buenos Aires, arqueología: la casa donde Ernesto Sabato ambientó Sobre Héroes y Tumbas*, Ediciones Turísticas, Buenos Aires, 2003.

que si bien se entrecruzan constantemente, trataron de determinar la cronología, funcionalidad de cada sector y valor patrimonial de la casa y sus aditamentos por métodos diferentes, para que al contrastar los resultados tuviéramos una respuesta, única o no única, pero respuestas al fin. Incluso, y esto es realmente poco común en la arqueología argentina, se incitó a diferentes arqueólogos y sus equipos de trabajo, a excavar en la misma casa, para también contrastar los resultados. En este sentido la experiencia fue enriquecedora, digna de ser destacada⁴. Las vías de investigación que se establecieron fueron: A) arqueología; B) análisis cronológico de restos de cultura material, C) historia documental; D) estudios de arqueofauna; E) arqueología de la arquitectura; F) historia oral; G) historia de la arquitectura (tipologías formal-funcionales) e I) iconografía.

Esa pequeña casa resultó ser representativa de la arquitectura anterior a la Real Ordenanza de 1784, legislación colonial que obligó a construir sobre la línea municipal⁵. La arqueología demostró que la casa conservaba bajo tres niveles de pisos el fogón excavado en la tierra anterior a 1800, estaban los pisos de ladrillos de la cocina original y los de tierra en el resto de la casa al igual que el aljibe para agua. Los muros de ladrillos unidos con barro, estaban aun intactos pese a que fueron recubiertos hace unos años con una gruesa capa de cemento, debajo de ella la pintura color aun estaba intacta. El techo original había sido destruido para hacerle uno nuevo; cabe destacarse que todas estas modificaciones fueron hechas por obra de la propia Municipalidad que quiso hacer una casa "típica de San Telmo" en un supuesto plan de preservación patrimonial; de allí que intentaran un estilo neocolonial destruyendo en parte una verdadera casa colonial. El terreno actual, cosa también increíble para Buenos Aires, mantiene el nivel original de la topografía de la ciudad, cerca de un metro por encima de la vereda actual.

Esta manzana aparece definida en los planos de la ciudad hacia 1710-20 cuando el ejido de la ciudad comenzó a ser vendido por el Cabildo, con lo que se inició el poblamiento de los Altos de San Pedro (lo que ahora llamamos San Telmo), la construcción de una nueva iglesia de los jesuitas y su Residencia para Hombres en la manzana de enfrente de la casita. En el plano de Buenos Aires de 1738 la manzana ya fue dibujada como dividida en cuatro solares y es la primera referencia física que tenemos para la existencia de esta casa o del terreno. Es interesante que parte del muro medianero de la casa que estamos estudiando esté hoy dentro del lote vecino, resabio de una de esas subdivisiones.

⁴ Como arqueólogos profesionales en ese momento también excavaron Marcelo Weissel, Verónica Aldazábal, Emilio Eugenio, Mario Silveira y América Malbrán.

⁵ Daniel Schávelzon, ordenanzas...

La excavación ha mostrado que no hay ocupación estable anterior a la fecha citada salvo unos pocos fragmentos de cerámica del siglo XVII y restos de acciones sobre animales, posiblemente carneado y cocido de alimentos sobre un fogón al

aire libre, actividades razonables en un sitio marginal y colectivo en las afueras de la una ciudad grande. Los materiales culturales se incrementan recién para la segunda mitad del siglo XVIII, coincidiendo así la información histórica con la arqueológica. Otras excavaciones hechas en la zona de los Altos de San Pedro, como en el convento de los jesuitas, indicaron lo mismo: la ocupación fue intensa en los inicios del siglo XVIII y de antes sólo hay algunos pocos fragmentos aislados y huesos de animales (vacunos y equinos) dispersos por entre la tierra negra.

No tenemos la fecha exacta en que el cuarto de manzana se dividió en lotes menores pero por las escrituras ya estaba así en 1833 y al parecer ya lo estaba a la muerte de Don Marcos de la Rosa en 1807. Suponemos que fue él quien hizo los arreglos de la casa que la llevaron a su forma actual en la parte antigua. Esa escritura indica que a su vez el terreno que aun existe se había dividido en tres partes, una para cada uno de sus descendientes y una de esas divisiones llegó al siglo XX desapareciendo parcialmente con la apertura de la avenida San Juan. En el Catastro Beare hecho en 1860-1865 figura este terreno con una subdivisión (la del oeste) pero el jardín incluye también la superficie que correspondería a una casa vecina.

El recorte producido por la avenida San Juan en 1980 le sacó al terreno unos seis metros desde el frente, dejando el patio abierto a la calle. Para esa época todo ya había sido unificado nuevamente por la vecina fábrica Piccardo que compró los terrenos con la intención de ampliar la fábrica, aunque en 1980 los traspasó a la Municipalidad por expropiación parcial.

El uso inicial del terreno, cuando cubría un cuarto de manzana, según la documentación parece haber sido la agricultura, lo que se indica en el plano de 1740 y la arqueología observa lo mismo. Suponemos –por los materiales hallados– que más tarde debió ser sólo un típico fondo suburbano, aunque algunas evidencias estratigráficas indican que se siguió sembrando y usando como huerta durante todo el siglo XIX. Los documentos hablan para 1833 de “huerta, horno de pan y árboles frutales”.

Los trabajos de excavación han mostrado que de los momentos previos o contemporáneos a la primera modesta casa, la información obtenida es: un fogón al aire libre con restos de vacunos y ovinos, algunos fragmentos de cerámicas incluyendo varias un poco anteriores, restos culturales muy modestos y de tipo indígena e hispano-indígena y una cantidad asombrosa de huesos, incluso algunos articulados. Estos últimos han sido interpretados como restos de animales faenados y comidos en el lugar y que sus huesos simplemente quedaron allí, siendo enterrados parcialmente por el uso del terreno. Era un andurrial suburbano y el comportamiento de la población era acorde a ello: tierra de todos y de nadie, costumbres aun rurales aunque muy cerca del centro.

Si bien no tenemos mucha información acerca de la primera casa es posible asumir que lo que los varios planos del siglo XVIII indican, es decir la existencia de al menos una vivienda muy pequeña, sea cierta. Lo que se ve es un pequeño cuadrado que en realidad es la abstracción usada en su época para indicar una casa de dimensiones mínimas; cabe aclarar que en el terreno original hay dibujadas varias. Si una de esas casas coincide con la ubicación de la actual tal como suponemos, debió estar en la parte de lo que llamamos "cocina" siguiendo la nomenclatura de 1833, es decir en la sección más antigua de lo actualmente existente; tenía paredes de ladrillos y techo de tejas, información basada en lo encontrado en excavación.

¿Cuándo fue demolida o alterada para construir la casa de tres ambientes que aún existe?, no lo sabemos, pero debió ser antes de 1784 ya que las Ordenanzas Reales de ese año prohibieron esa tipología sin línea municipal, lo que fue acatado en la ciudad con bastante premura por lo que los planos y documentos indican. Si bien estos cambios pudieron haber sido más laxos en algunos casos, la casa de tres habitaciones no debe haber durado mucho tiempo ya que las evidencias arqueológicas indican fuertes cambios en pisos y paredes. Se trataba de una típica casa de "sala con aposento" tal como eran descritas en su tiempo y una cocina anexa separada por el zaguán que daba paso al patio del fondo. Un pozo de aljibe atrás del zaguán y un jardín adelante, con un gran fondo atrás en donde estaban el corral, los naranjos, las higueras y el horno de amasar pan que citan las escrituras.

Este conjunto está construido con tabiques de 40 cm de largo asentados en lodo, piso de tierra, vanos con ángulos en sus esquinas, herrajes forjados, techo sostenido por vigas de palmera y salvo por los cambios en la techumbre es lo que aún está en pié. Los muros no estaban revocados sino simplemente blanqueados y luego pintados de rojo pálido. La calle, en ese entonces y desde 1796, se llamaba Santa Bárbara, un siglo más tarde pasaría a ser San Juan.

Poco más tarde vinieron nuevos cambios, en este caso una remodelación casi total transformando la casa, que pasó de su forma alargada a una de patio cuadrado rodeada de habitaciones, en que la casa vieja quedaba como el lado posterior. ¿Cuándo se construyó esto? Si su dueño Marcos de la Rosa murió en 1807 y la casa la hizo en vida teniendo ya dos hijos y otro en gestación de 7 y 1/2 meses de embarazo al fallecer, suponemos que las obras no deben remontarse más allá de 1800 a 1805.

Si bien lo que pudo existir hacia la calle ya ha desaparecido sabemos que se le agregaron dos cuerpos de dos habitaciones cada uno, formando un cuadrado con un patio central y una fachada falsa con tres puertas; este plano se ve en el catastro de Pedro Beare para 1862 y en algunas fotografías halladas en la investigación. La casa pasó a ser una construcción de mayor importancia aunque sin ser señorial: sobre el frente se le había construido un nuevo cuerpo que debió incluir las respectivas salas de las dos casas que se dividían el frente. La de atrás seguía igual. Suponemos que esa obra debió hacerse poco después de que la familia dividió la casa en 1833 y antes del catastro de 1862 en que aparece completa.

Este sector nuevo tiene ladrillos de menor tamaño pero que en buena parte están igualmente unidos con barro, aunque hay algunos sectores hechos con cal. Las puertas ya son de dintel recto y sin ochavas, con muros de la mitad de espesor. No hay ventanas en esta etapa constructiva y aquí debió cubrirse el piso con baldosas francesas, cegándose la puerta de paso entre las habitaciones 3 y 10 para abrirse la aún existente de ángulos rectos y dintel plano. Al menos algunas habitaciones estuvieron empapaleadas para la mitad del siglo XIX.

La última gran intervención debió hacerse hacia 1890: se hizo la cocina del patio delantero y se usaron en varios pisos nuevas baldosas francesas provenientes de Marsella, coincidentes con la instalación de desagües y de entrada de agua de 1892 hecha por Obras Sanitarias. Una nueva intervención menor se produjo cuando la casa, ya muy deteriorada, fue cortada en el frente en 1980; quedando con forma de U abierta hacia la avenida con un naranjo al centro. Casi de inmediato, aprovechando que la casa había pasado a la Municipalidad, se aprovechó para transformarla en una galería comercial acorde a la zona de la Plaza Dorrego y su espíritu historicista; en ese momento se desmontaron todos los techos para hacerlos a nuevo, se abrieron vanos y la fachada de la construcción más antigua se hizo "colonial", destruyendo las molduras originales para darle el aspecto difundido por el Neocolonial de inicios del siglo XX. Las vigas originales de palmera, intactas, fueron reusadas en el terreno para otras funciones, como sostener las hamacas de los chicos. Se revocaron las paredes, se cerraron vanos, se

abrieron puertas y se hizo el piso de cemento alisado del patio; se canceló el aljibe y se tapó su pozo.

Durante la década de 1980 la casa fue invadida por intrusos que se instalaron allí; numerosas familias que construyeron habitaciones por todas partes, en especial en el patio trasero, agregaron un entrepiso, hicieron baños provisorios, rompieron pisos y muros, y en el fondo del terreno edificaron con madera y lámina acanalada numerosos cuartos.

Entre lápices y agujas: la habitación n°. 3, un espacio para los niños

Una de las habitaciones excavadas, la número 3, fue un hallazgo interesante por sus connotaciones arqueológicas e históricas, o al menos por lo que es posible deducir de lo encontrado. En simple: allí habrían estado habitualmente los niños de la casa, estudiando, aprendiendo, entrenándose para ciertas actividades típicas de las que se atribuían a sus respectivos géneros.

Durante la excavación y al levantarse el piso de cemento reciente se observó que el piso antiguo debía haber sido destruido o retirado quedando únicamente algunas baldosas francesas en el umbral de la puerta. Como la excavación estaba ubicada en un ángulo, coinciden allí las zanjas de los cimientos y en el resto del espacio la tosca estéril no ha sido tocada, por ello lo que se pudo excavar es sólo un sector que mostraba evidencias de haber sido rellenado cuando se hizo el cimiento de la casa. La excavación mostró cerámicas y vidrios que en general corresponden a lo hallado en toda la casa y que coinciden en tiempo y características con el sitio. Pero lo que llamó la atención fue que en esos dos metros cuadrados había una serie de objetos relacionados con el juego infantil (veintiséis canicas de vidrio), con las niñas (aro, pulsera infantil y cuentas de vidrio), con la costura (ganchillo, nueve botones y veinticuatro alfileres) y con la educación (cuarenta lápices de pizarra y tres pizarras para escribir). Sin lugar a dudas era algo poco común para la arqueología de Buenos Aires ya que esto formaba la mayor parte del total de lo encontrado y no se repetía en ningún lugar de todo el terreno. Sí se encontraron algunos objetos de este tipo en otros lugares, pero aislados y en otro tipo de contextos. Valga un ejemplo, la segunda mayor cantidad de lápices de pizarra estaba en el jardín posterior, donde hubo tres de ellos en doce metros cuadrados; si en el Local 3 hubo veinte lápices por metro cuadrado en el jardín hubo 0.25 por cada metro. En cambio en ese gran espacio trasero se encontraron diez fragmentos de diferentes tinteros de gres pero no hubo ninguno en la habitación, ¿qué sucedía? Esto fue interpretado de la misma manera que en lo excavado en la

Escuela no. 1 de la cercana localidad de Quilmes⁶: se trataba de tinteros sucios y descartados que fueron arrojados al terreno del fondo como forma de descartarlos, muy diferente al destino de los fragmentos de lápices que fueron a parar al rincón cayendo entre los agujeros de las baldosas del piso. Además y junto a todo eso se encontraron dos monedas de cobre, una de 1854 y otra de 1886, una en los 10 cm superiores y la más antigua a 30 cm. de profundidad, coincidente con el nivel de mayor densidad de alfileres y objetos atribuibles a niñas.

¿Cómo podemos interpretar que en un rincón de una habitación haya objetos de este tipo en estas cantidades? No es fácil: ¿era un cuarto familiar donde se le daba instrucción a los chicos, donde éstos jugaban, donde se cosía la ropa?, ¿podría ser algo parecido a un comedor de diario actual? Creemos que la explicación se encuentra por ese lado, posiblemente dejando de lado a la actividad femenina adulta del coser para proponer que era parte de la educación de las niñas. Es decir, en la casa remodelada y ampliada que ubicamos hacia 1850, de mayor categoría y dimensiones que la inicial del señor de la Rosa, hubo al menos un lugar para la vida doméstica con un buen piso de baldosas francesas y paredes empapeladas (se hallaron fragmentos pegados al dintel de madera y bajo las capas de pintura), cuyo piso tenía posiblemente un agujero en la esquina por el cual los chicos perdieron – o arrojaron- sus canicas, las cuentas de un collar, un aro y una pulsera rotos; y allí fueron a parar los fragmentos de lápices de la educación de los chicos y las alfileres de la costura.

¿Es esta reconstrucción válida? Hay dos vías para intentar saberlo: una es la documental que en lo específico no nos dice nada, pero sí sabemos que este tipo de espacios y actividades era habitual en la segunda mitad del siglo XIX como luego discutimos; la otra, la arqueológica, nos indica que la densidad es tan alta y el conjunto de objetos tan específico, que es posible que así sea. En los más de treinta metros cuadrados excavados en la casa sólo hubo una canica en el patio delantero y dos en el trasero, y en ese mismo orden hubo dos y tres lápices de pizarra; en ningún otro lugar de la casa los hubo; del resto sólo hay dos cuentas de collar en el patio delantero. Es decir que el promedio de lápices es de 20 por metro cuadrado, mientras que en el resto de la casa desciende a 0,16 por metro. El único otro caso conocido es el citado de la Escuela 1 de Quilmes el que arrojó también porcentajes altos de concentración de este tipo de objetos: en cerca de 50 metros cuadrados excavados hubo 116 fragmentos de pizarras y 79 lápices.

⁶ Proyecto Arqueológico Quilmes, *Informe 1995-1996*, Municipalidad de Quilmes, mecanoscrito 1996.

Por supuesto esto puede deberse a otro tipo actitudes: un niño metiendo en un agujero en el piso lo que encontrara a mano, lo que no sería raro y ya hay bibliografía acerca de los niños en el registro arqueológico y su presencia (Politis 1999), es decir que no fuera el resultado de un entierro fortuito sino de actividad conciente; pero eso no modifica nuestra interpretación general del asunto, es decir la presencia de los niños en el sitio.

En publicaciones anteriores nos hemos cuestionado acerca de la posibilidad de ubicar este tipo de espacios y sobre el tipo de cultura material que representa a la niñez, la ancianidad y la mujer entre otros grupos, sean minoritarios o dependientes en la sociedad histórica (Schávelzon 1999); posiblemente este se trate de un caso de presencia fuerte de niños tomando clases en su propia casa —el sistema de tutor a domicilio—, y jugando en el mismo lugar. La gran cantidad de alfileres y botones y un ganchillo, nos ha hecho pensar en que las niñas aprendían corte y confección, lo que era parte del aprendizaje habitual en su tiempo.

Cabe destacarse la diferencia entre la citada Escuela 1 de Quilmes y este sitio, ya que si bien en ambos la cantidad y densidad de lápices de pizarra es casi idéntica (cerca de un lápiz por metro cuadrado excavado), en la Escuela no hubo canicas ni objetos de costura ni de juegos de niñas. Quizás aquí esté el sesgo que nos permita ver la diferencia entre una educación formal escolarizada y otra hogareña y tradicional.

El sistema de las tutorías a domicilio fue habitual durante todo el período colonial y siguió en uso hasta bien entrado el siglo XIX en que la Educación Común en escuelas se fue imponiendo, en especial tras el fuerte desarrollo que tuvo con Domingo F. Sarmiento⁷. Incluso la aristocracia porteña mantuvo el sistema para sus hijos hasta bien entrado el siglo XX, o si enviaba a sus hijos a colegios privados, en sus casas se les daba la *otra* educación, la de clase. Es interesante destacar que todas las historias de la educación consultadas hacen hincapié en la construcción de las instituciones escolares y su contenido, ninguna se ha preocupado por estudiar otras formas de educación existentes en la ciudad. Esta consistía en un profesor que daba clases domiciliarias, generalmente a los varones

⁷ Para diferentes visiones del tema ver: Héctor Félix Bravo, *A cien años de la Ley 1420*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1986; Ricardo Levene, *Fundación de escuelas públicas en la provincia de Buenos Aires durante el gobierno escolar de Sarmiento 1856-1861 y 1875-1881*; Archivo Histórico de la Provincia, La Plata, 1960; Manuel Horacio Solari, *Historia de la educación argentina*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1950; Vicente Quesada, *La vida intelectual en la América española durante los siglos XVI, XVII y XVIII*; Arnoldo Moen y Hno. Editores, Buenos Aires, 1910.

y más raramente a las niñas; a éstas últimas se les agregaban conocimientos sobre confección de ropa y música. Por supuesto era un tipo de educación en cierta medida cara y elitista en la tradición europea del Antiguo Régimen (Aries 1987) y había diferentes niveles de precios para los profesores, y se fue pasando de un rango medio-alto en el siglo XVIII a lo oligárquico en los finales del XIX. En esos años fueron comunes los tutores extranjeros quienes enseñaban también francés e inglés, lenguas vivas que no se dictaban en los colegios. Es tan obvio que no haría falta decir que las diferencias entre las tutorías hogareñas y el sistema de educación común impulsado por el Liberalismo, no eran sólo los cambios que implicaba la modificación en la forma de educar, sino del tipo de contenido y el alcance social de los nuevos mensajes a transmitir; fue un cambio muy profundo que aún mantiene polémica (Vedoya 1983).

Precisamente las dos fechas que tenemos en monedas (1854 y 1886) coinciden bastante bien con el inicio de las ideas de Juan B. Alberdi, con el trabajo de Sarmiento en la Dirección de Escuelas (desde 1856) y con la creación de colegios secundarios y normales bajo el impulso de Bartolomé Mitre; para 1886 ya había un modelo impuesto, en pleno crecimiento y ya aprobada la Ley 1420 de Educación Común. Es decir, una generación completa en la cual se puso obsoleto el sistema de tutoría domiciliaria, aunque este seguiría hasta después de 1900 en las familias más encumbradas.

Es en ese contexto que ubicamos los objetos de niñas, tanto los juguetes y adornos personales como los múltiples botones y alfileres. El rol predeterminado para la futura mujer –eso era en esencia lo que para ellos representaba una niña– la obligaba a aprender y a jugar con esos elementos. Por cierto sólo tenemos otro caso en la arqueología argentina con una fuerte concentración de objetos de costura, fue en Galerías Pacífico, en los talleres de costura, pero no existe reporte del hallazgo⁸.

El tema de las canicas y de los juguetes en general es también un tema soslayado por la arqueología histórica pese a que no es rara su presencia en los contextos antiguos; sabemos que los juguetes realmente tuvieron en Buenos Aires una presencia material significativa después del crecimiento del consumo masivo hacia 1870 (Randall y Marbles 1971). Hemos encontrado, para el siglo XIX, muñecas hechas de diversos materiales, desde porcelana hasta de madera (Prichett y Pastron 1983), vajilla de las casas para muñecas y cañones en miniatura, pero siempre son hallados aislados entre la basura hogareña; también las canicas han

⁸ Pablo López Coda, com. personal 1995

sido habituales en toda excavación (Schávelzon 1991), pero este es un caso diferente. Sabemos que las de vidrio, como las halladas, se fabricaron masivamente en Europa desde 1846, en especial en Alemania, desde donde se exportaban a todo el mundo y se fueron mejorando técnicamente desde esa fecha hasta los inicios del siglo XX en que fueron producidas industrialmente. Si bien hubo bolitas de cerámica, loza y porcelana, en esta excavación extrañamente sólo las hallamos de vidrio, lo que suponemos que puede ser un rasgo de mayor modernidad que el resto del contexto y ayuda a sostener la hipótesis de la penetración en el subsuelo por un pequeño agujero en el piso, aunque estratigráficamente no hay evidencias.

Conclusiones de la excavación

El hallazgo de esta construcción significa uno de los logros de la arqueología urbana de Buenos Aires; la posibilidad de preservarla o en su defecto estudiarla con todo detalle la convierte en única en su género. El trabajo conjunto entre historia documental, arquitectura y arqueología ha permitido una reconstrucción del proceso edilicio, de sus transformaciones, de las formas del uso del terreno e incluso poder asomarnos a la vida cotidiana en el lugar a lo largo de al menos 250 años.

La zona original era terreno ejidal, es decir fuera de la ciudad en sí misma y de ello han quedado pocos fragmentos de cerámicas en especial del tipo hispanoamericano o indígenas coloniales, huesos de comida y animales domésticos suburbanos y un fogón al aire libre. Más tarde, en los inicios del siglo XVIII se construyó un primer rancho o casa del que muy poco parece haber sobrevivido, ya que al hacerse la segunda casa, la que aun está en pie y que fechamos para cerca de 1800 -tres ambientes y zaguán-, la anterior quedó incluida dentro de la nueva reutilizándose los ladrillos pero desechándose buena parte de las tejas. Es posible que el fogón de la cocina haya pertenecido precisamente a esa casa inicial y que se haya mantenido el uso del espacio en la obra nueva. Es decir, la cocina nueva se hizo en el mismo lugar en que estaba la anterior, aunque ahora dentro del edificio.

La casa que ubicamos como anterior a las Ordenanzas Reales de 1784 estaba ubicada en el centro del lote, sin línea de fachada coincidente con la calle; es decir que estaba dentro del terreno y eso fue habitual en la ciudad hasta que se promulgaron las reglamentaciones que las acabaron; hoy no queda una sola de ellas. Los pisos interiores eran de tierra apisonada salvo en la cocina, ya que para

cubrir bien el fogón más viejo fue necesario hacer un piso de ladrillos para el que, en buena medida, se reusaron tabiques provenientes de la primera casita, de mayor tamaño, y mezclados con los posteriores que son similares a los de las paredes. Las puertas y ventanas eran de dintel curvo y jambas oblicuas típicas de la tradición colonial, los herrajes forjados quedaron en las carpinterías hasta la actualidad. Las paredes de ladrillos estaban unidas con barro y la cal se usó sólo a los dinteles y lugares con curvas, imposibles de solucionar de otra manera. Es decir, una casa constructivamente muy modesta aunque no realmente pobre. El pozo de agua se hizo junto con los muros y sólo tenía ladrillos en la parte superior. El patio delantero no tenía piso y el jardín posterior era usado, como todo terreno, para sembrar, criar animales y tener árboles frutales. Pocos años más tarde se le hicieron cambios cuando Marcos de la Rosa y su familia construyeron dos alas a los costados de esa casa, de tal forma que definieron un primer patio cuadrado, el que fue totalmente enladrillado; no tenemos esa fecha, pero si murió en 1807 en las Invasiones Inglesas estando su mujer embarazada, no debió ser un

hombre mayor. Su viuda en 1833 dividió la casa en tres partes para sus dos hijas y ella y por suerte hizo una escritura. Y antes de 1862 la casa ya tenía habitaciones al frente a la calle, cerrando totalmente el patio delantero. Este sistema de dividir la casa era habitual en la ciudad y hemos hallado docenas de casos en los que se hacían dos muros oblicuos que transformaban el patio de adelante en tres corredores, forma rara para hoy en día pero que eran normales en los finales del siglo XVIII y buena parte del XIX.

Con los años la casa se mantendría con pocos cambios hasta que en el siglo XX comenzara su abandono y terminara siendo adquirida para ampliar una fábrica aledaña, aunque el ensanche de la avenida San Juan le quitara las habitaciones del frente. Más tarde sería vendida a la Municipalidad, que la alteraría muy profundamente para hacerla "colonial", o lo que quienes lo hicieron creían que era lo colonial: revoques de cemento que nunca había tenido, pisos de cemento liso sobre los de tierra originales, molduras rehechas, techos nuevos, ventanas cuadradas detrás de las curvas. Y más tarde los que ocuparon el terreno construyeron numerosas habitaciones.

El patio delantero fue encontrado en buen estado de preservación pese a que hubiera sido previsible su alteración total: el piso puesto hacia 1800 estaba completo en buena parte de su superficie lo que nos permitió ubicar debajo de él contextos más antiguos compuestos por grandes cantidades de huesos -muchos cientos de ellos-, en su mayoría vacunos y ovinos, al parecer producto de la comida en el lugar, e incluso un fogón al aire libre. Se encontró además huesos

aun articulados enterrados de forma que ese sitio debió ser en los primeros años el lugar de trabajo, preparación de la comida, corte de la carne y vida al aire libre, al menos hasta que se hizo la casa de las tres habitaciones. Un pilar de la galería exterior ya desaparecida fue excavado y otro fue visto en un perfil de excavación, lo que muestra una tipología arquitectónica para la casa más asociada con lo rural que con lo urbano.

Uno de los espacios más interesantes de este estudio ha sido el llamado Local 3, ya que lo hallado indica actividades muy peculiares y raramente identificables en una vivienda: niños y costura. Lo encontrado que queremos destacar son varios fragmentos de pizarras escolares, cuarenta y cinco lápices de pizarra, diez y seis bolitas, nueve fragmentos de tinteros de gres, trece alfileres, trece botones, tres cuentas de collar pequeñas, una pulsera, un aro y una "caravana" con cuentas hechas con semillas. Todo este material estaba asociado a una moneda de 1854 y en sólo dos metros cuadrados excavados. En ningún lugar de la casa se halló un conjunto de este tipo, aunque en el patio del fondo hubo varios lápices de pizarra. La asociación del local a las actividades citadas parece obvia y es por cierto también única en la ciudad.

La cocina es otro espacio en el cual hemos podido determinar actividades y usos más allá de la información documental: el gran fogón en el piso, claramente enterrado bajo el nivel de los ladrillos grandes, lo ubica cronológicamente para la primera casa del sitio. El ser a su vez el primero de este tipo hallado en la ciudad es otro dato interesante para los estudios posteriores.

El patio posterior ha mostrado un uso intensivo desde sus inicios, como lugar para huerta familiar, para arrojar basura doméstica la que también se usaba como relleno de nivelación para luego cultivar encima. Este tipo de conjuntos de basura dispersos en una gran superficie son muy diferentes a los pozos urbanos, que estaban perfectamente acotados y controlaban el olor usando una tapa de madera; estos son depresiones que simplemente se rellenan con los desperdicios de la casa. Una manera de probar esta costumbre, más allá de su evidencia observable, es que la acumulación de huesos habitualmente es muy alta, muchísimo más que los rellenos o pisos de uso normales; en este caso llega a más de 1500 fragmentos óseos por metro cúbico.

Los materiales culturales hallados ayudan bien a construir la cronología del edificio y de sus usos. Podemos citar algunos datos cuantitativos; primero las lozas: las Creamware suman un total de 387, las Pearlware son 236 y las Whiteware son 542, lo que da un total de 1031 fragmentos; esta cifra en sí misma

no dice mucho salvo que es menor de la expectativa general en una casa en Buenos Aires; esto debe tener relación con el hecho de que existe mucha cerámica roja (en algunos sectores representa más del 50 %) lo que es anormal en el siglo XIX pero sí es indicador del uso intenso en el siglo XVIII y que nos reafirma la ya citada pobreza general del lugar en su primer siglo de historia. Las cerámicas rojas halladas en viviendas de similar cronología en la ciudad nunca superaron el 34.05 % (Casa Escurra) y habitualmente están por debajo del 10 %. También el que en más de 250 años de uso haya sólo doce fragmentos de porcelana es otra evidencia de eso.

Para comparar lo hallado en esta casa con otras viviendas y edificios excavados en la ciudad que cubren en todo o en parte los mismos años, hemos hecho los siguientes cuadros. Los ejemplos citados son:

1. (Sto. Dgo.): Iglesia de Santo Domingo, pozo de basura de la cocina fechado para 1800-1823.
2. (Fonda): Fonda de los obreros que construyeron los Almacenes Huergo (hoy restorán Michelangelo) en Balcarce 433, pozo de la basura fechado para 1848-50
3. (Peña): Casa Peña, San Lorenzo 392 esquina Defensa (llamada Casa Mínima), pozo de basura fechado para ca. 1840-70.
4. (Ezcurra): Casa de Josefa Ezcurra en Alsina 455, pozo de basura fechado para 1801-20.
5. (Cobo): Casa Cobo en Balcarce 238, pozo de basura fechado para 1860-95
6. (Pozo 10): Hipólito Yrigoyen 979, pozo no. 10, pozo de basura de inicios del siglo XIX.
7. (SJ338): San Juan 338, todo lo excavado pero sin el relleno de los pozos sanitarios y sondeos de la temporada 2002

Relaciones porcentuales entre local e importado vajilla+cocina (%)							
Lugar Proced.	Santo Domingo	Fonda	Peña	Ezcurra	Cobo	Pozo 10	SJ.338
Local	9.21	0.59	0.57	6.76	1.91	7.13	20.12
Importado	90.79	99.41	99.43	93.24	98.19	92.87	79.88

Tabla 1.

En la tabla 1 se compara la cantidad de productos materiales importados o producidos localmente. Como es posible observar la relación siempre ha sido asimétrica, siendo mayoritaria la presencia de lo importado; pese a eso este caso

es el que menos tiene de todos los sitios. Esto ha sido explicado como resultado de una situación pobre y periférica, sumado a una cronología que se inicia antes que en los demás lugares. Es posible que muy pocos sitios del continente arrojen una presencia tan alta de objetos importados en su basura.

Porcentaje total por grupos cerámicos							
Lugar Tipos	Santo Domingo	Fonda	Peña	Ezcurra	Cobo	Pozo 10	SJ 338
Mayólica	19.07	2.03	0	39.98	0	0.18	13.96
Loza	64.69	18.67	87.70	27.84	76.81	87.03	57.24
Cerámica	15.78	68.39	2.60	34.06	6.66	10.78	32.20
Porcelana	0.21	1.87	2.50	6.08	16.51	2.01	1.10

Tabla 2.

La tabla 2 nos señala el tipo de cerámicas presente en el lugar y su comparación porcentual con otros lugares excavados; puede interpretarse en función del nivel social de los habitantes de cada lugar, los cambios en la cronología y la aparición y desaparición de los diferentes tipos de objetos en el tiempo. Por ejemplo, la porcelana –rasgo típico de alto poder adquisitivo– sabemos que aumenta su presencia a medida que avanza el siglo XIX (casa Cobo) y se reduce hacia lo más antiguo hasta casi desaparecer en el siglo XVIII; las mayólicas tienden a ser mayoritarias en cantidad y porcentaje aun en los inicios del siglo XIX (Ezcurra, Santo Domingo) pero luego desaparecen bruscamente (Cobo y Peña), por lo tanto el comportamiento de San Juan 338 indica que la presencia es baja lo que también es entendido como rasgo de pobreza.

Porcentajes de objetos domésticos y vajilla							
Lugar Tipo	Santo Domingo	Fonda	Peña	Ezcurra	Cobo	Pozo 10	SJ 338
Personal	6.29	4.68	7.45	0.07	34.54	4.20	11.63
Vajilla	93.71	95.32	92.56	99.03	65.40	95.80	88.37

Tabla 3.

En la tabla 3, que relaciona la cantidad de objetos de uso personal con la vajilla, nos interesa para destacar la alta presencia de los objetos del primer tipo, como pipas, botones, hebillas, monedas, joyas, lápices y otras pertenencias que demuestran un fuerte uso residencial del lugar.

Sin duda la loza es el material cerámico más importante hallado, por su cantidad, en la casa (1031 fragmentos) ya que conforma más del 57 % del total de las cerámicas de vajillas; y volvemos a llamar la atención sobre el alto porcentaje de

lozas Creamware, el 37,43 % , porque nos ha servido como indicador de las fechas de inicio del uso del sitio a la vez que señala que al menos esos primeros propietarios tenían algún acceso a productos importados que no eran baratos en su momento. Pero como estas lozas comenzaron a difundirse hacia 1760 creemos que correspondieron a quienes construyeron la casa de tres habitaciones, no al primer rancho; a aquellos les pertenecen las más modestas cerámicas de tinajas, las de tradición regional hispano- indígena.

Con el tiempo es posible que las cosas cambiaron mucho y la supuesta riqueza, o al menos el acceso a productos de cierta categoría social para quienes habían hecho ese casa suburbana pero digna, ya no fue el mismo. Contrariamente a lo que se podría suponer las lozas Pearlware, habituales desde los inicios del siglo XIX, son la mitad de las anteriores: ¿significa esto que hubo luego pobladores más pobres, que estuvieron allí menos tiempo, que usaron menos vajilla o que prefirieron usar una de otro tipo o material? Las posibilidades son muchas pero tendemos a pensar que cuando estuvo en uso esta loza la casa debió estar en un mal momento económico ya que coincide con la documentada muerte del señor de la Rosa, lo que debió ser una tragedia para una madre con dos hijas y una tercera en camino. ¿Representa este descenso numérico una situación familiar?, es

posible aunque difícil de probar. Las lozas Whiteware son mayoritarias y pertenecen ya a épocas posteriores, cuando la casa estaba subdivida en tres y que por su arquitectura parece haber pertenecido a gente de mayor capacidad económica a medida que avanzaba el siglo XIX. Y que lo que había sido primero el ejido y luego un barrio alejado, había pasado ya a pertenecer a la ciudad y a un buen barrio.

Como se dijo la porcelana está casi ausente, ya que representa el 1,10 % del total de fragmentos cerámicos hallados; esta cifra es esperable ya que para un sitio periférico era un producto de lujo. Si bien era factible que la cifra aumentara bastante en tiempo posterior, como por ejemplo para fines del siglo XIX, la basura de esa época es poca en todo el terreno porque para ese entonces gran parte de la casa y los patios tenían enladrillados o baldosas. En total hubo doce fragmentos de los cuales sólo dos era porcelana oriental y el resto europea.

Las cerámicas de pasta roja, vidriadas y sin vidriar, son el segundo grupo en cantidad: el 32,30 %. Dentro de ellas las grandes tinajas forman un grupo numeroso al igual que la Utilitaria, lo que es ligeramente menor que la simple y también modesta Verde sobre Amarillo de Pasta Blanca, la similar de Pasta Roja y El Morro, al igual que las botijas sevillanas que rondan la mitad del número de

fragmentos. Las cerámicas indígenas e Hispano-indígenas en especial el Monocromo Rojo son un grupo reducido aunque presente ya que son el 6 %. Forman quizás el único grupo que puede remontar su antigüedad a los primeros tiempos de uso del terreno.

En síntesis los materiales culturales indican una muy ligera ocupación desde el siglo XVIII temprano, un uso más intenso para finales de ese siglo y remontando luego de un descenso hacia la mitad del siglo XIX; hay pocos materiales de alto valor económico salvo las lozas Creanware, incluso muy poco vidrio proveniente de Inglaterra y del siglo XIX; hay bastantes cerámicas rústicas y modestas; todo esto parece indicar, coincidentemente con la información histórica, que el sitio estuvo habitado por gente de bajos recursos, no en extremo pobres, pero sí muy modestos.

La arquitectura fue cambiando lentamente y cada modificación dejó su huella en el suelo y en las paredes, pero la casa siempre se mantuvo dentro de niveles de modestia; se le fueron agregando elementos de confort como el pozo de agua, luego los desagües complejos, pero el cuarto principal siguió con el piso de tierra por más de un siglo.

Si quisiéramos reconstruir la dieta en la casa, incluso entendiendo que hay un alto porcentaje de huesos perdidos por los procesos ya descritos, como ser el uso en el fogón como leña, la comida de los perros y las alteraciones diversas producidas por el entierro mismo que los hacen irreconocibles, podríamos aventurar las siguientes conclusiones. Para el período más antiguo, es decir el anterior a la construcción de la primera casa o coexistente con las edificaciones previas que pudiere haber en el lugar hay una alta densidad de vacunos y ovinos, una menor de aves de corral como gallina y pollo, un poco menos de pavo y de perdices. Los peces fueron importantes en la dieta y quizás la cercanía al río sea una mejor explicación que la de su bajo precio, o a lo mejor ambas a la vez en una familia sin duda modesta. Recordemos que este conjunto de restos óseos es muy especial pues está asociado con fogones, ya que se hallaron 4496 fragmentos pequeños quemados, y que el 56.3 % de los reconocidos estaba en esas condiciones. Sin duda que los huesos fueron parte del combustible usado para el fuego, lo que ha sido una costumbre habitual debido a la falta de leña.

Sobre fines del siglo XVIII correspondiente a la ocupación anterior inmediata a la casa original tenemos una conducta de consumo decididamente volcada hacia las carnes rojas, donde el vacuno era más consumido y con escaso uso de aves domésticas como gallina, pato y pavo, un uso moderado de peces, presencia de

mamíferos de caza como peludo y mulita y aves de caza como la perdiz, aunque hay que resaltar que fue un consumo ocasional.

De los inicios siglo XIX a mediados del mismo tenemos una buena representación en lo encontrado en los dos basureros del patio posterior. Los datos de estas unidades indican una conducta de consumo centrada en el consumo de carne vacuna como preferencial, seguido por el ovino (oveja o cordero), luego por las aves de corral (gallinas y pavos), el uso muy ocasional de aves de caza y consumo bajo de pescado. De las primeras décadas del siglo XIX y continuado hasta mediados del mismo siglo, hay un ejemplo que corresponde al pozo hallado en el Local 9, construido cuando se amplió la casa para hacer las viviendas para los hijos del señor De la Rosa. Allí se observa un alto consumo tanto de pollo como de carne roja de vacuno seguido por el ovino, el pescado, el pavo y las perdices; y como cosa extraña al menos una nutria. Para mediados del siglo XIX y hasta el fin del mismo tenemos un buen ejemplo: la mayor parte ha sido de consumo vacuno y luego de pollo y cerdo, también hay ovino, perdices y peces, asimismo se encontraron restos de al menos un caballo y ratas, bastante razonable para el lugar del que se trata, es decir un patio al fondo de la casa.

Para el final del siglo XIX lo encontrado muestra la continuidad de un fuerte consumo de carne vacuna seguida por cerdo y luego ovino, mucho pollo y gallina,

perdices, muy poco pescado. Por último, el contenido del aljibe, relleno que entendemos fue arrojado allí a fines del siglo XIX, cerca de 1892 según los planos, hay una alta concentración de vacuno, seguido por gallina y perdices, luego ovino y porcino.

EL FINAL DE LA HISTORIA

Este artículo intenta demostrar una hipótesis producto de la observación recurrente en una larga lista de casos estudiados, que por otra parte se puede constatar a simple vista: la sistemática transformación de los inmuebles en el tiempo. Un rancho en la periferia que creció hasta ser una casa de tres ambientes, luego una gran casa de patio cerrado, luego se transformó en una casa ocupada, se demolió en parte y terminó como casa colectiva invadida tras tremendos cambios. Es decir: un caso más aunque comprobado hasta más antiguo que otros, nada más que eso. El que haya mejorado o disminuido el nivel social de sus ocupantes no parece ser demasiado importante, la realidad edilicia es la misma: cambios, transformación, demolición.

Esto nos obliga a pensar más lejos que en el edificio mismo: primero ¿porqué sucede?, y segundo: ¿era esto algo del pasado que las políticas modernas de patrimonio han logrado revertir?

Lamentablemente la primer respuesta no la podemos dar con certeza, no sólo porque supera los límites de la historia urbana y de la arqueología y nos habla de un tipo de sociedad que se construye a si misma sobre una peculiar idea de *progreso infinito*, aun arraigado en la Ilustración –reconstruida por el Liberalismo de 1900-, que se identifica con una imaginario colectivo que la acerca a una Europa ideal, inexistente por cierto, para despegarse de cualquier tradición supuestamente indígena o Latinoamericana; una idea de qué preservar es una actitud políticamente reaccionaria y conservadora. Una ciudad formada básicamente por la Gran Inmigración europea de 1900, que borró primero al indígena con un genocidio brutal y luego a los afroporteños con otra forma de desaparición menos violenta pero no más benigna, para ser, o imaginarse que es, blanca, occidental y cristiana. Absurdamente, para un país en que el Nacionalismo de derecha ha sido casi una constante en sus políticas a lo largo del siglo XX, siempre se consideró que el recambio inmobiliario era un símbolo de crecimiento económico y de mejoría social. Es por eso que aun no existe una política concreta de preservación, menos aun de restauración. No es que no se trabaje en ello, pese a todo lo que se hace no se logra resolver el problema estructural, la concepción misma de identidad, de memoria y de patrimonio. Quizás los porcentajes de basura importada (todos, menos éste, superiores al 90 %), sirvan para ejemplificar que el puerto de Buenos Aires estuvo más conectado culturalmente con Europa occidental que con su propio territorio.

La casa de San Juan 338 ha sido destinada a ser demolida, pese a que se ha demostrado que es la más antigua de la ciudad, por el propio Gobierno de la Ciudad, para hacer la ampliación de un museo. Puede parecer absurdo: demoler lo original y auténtico para hacer una pequeña parte de la ampliación del museo vecino, pero esto es real, y esto pasa en el siglo XXI en los propios organismos patrimoniales.

Trabajo recibido en 2004 y aceptado para publicar en 2005

BIBLIOGRAFÍA

- Ariés, P. 1987. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Ediciones Taurus, Madrid.
- Beaumont, J. A. B. 1957. *Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental*, Ediciones Hachette, Buenos Aires.
- Behrensmeyer, A. K. 1978. Taphonomic and ecologic information from bones weathering. *Paleobiology* vol. 4, no. 2, pp.150-162
- Bernaldez Sánchez E. 2001. Nuevo enfoque en el estudio de los restos orgánicos conservados en la paleobasura de los yacimientos arqueológicos, en *IIIer. Congreso Nacional de Arqueometría*, Secretariado de Publicaciones, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- Bravo, H. 1986. *A cien años de la Ley 1420*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Hesse, B. y P. Wapnish. 1983. *Animal Bone Archeology*, University of Alabama y Smithsonian Institution, Washington.
- Brown, M. K. 1971. Glass from Fort Michilimackinac: a Classification for Eighteenth Century Glass, *The Michigan Archaeologist* vol. 17, nos. 3-4.
- Calvo, L. M. 2004. *La construcción de una ciudad hispanoamericana: Santa Fe la Vieja entre 1573-1660*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe.
- Deagan, K. 1987. *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean 1500-1800*, vols. I y II, Smithsonian Institution, Washington.
- Egan, G. 1996. *Plaything from the past: toys from the A. G. Pilson Collection 1300-1800*, J. Horne Publicaton, Londres.
- Gillespie, A. 1921. *Buenos Aires y el interior*, Ediciones La Cultura Argentina, Buenos Aires.
- Harris, J. 1975. Table Glass Excavated at Beaubassin, Nova Scotia, en *Cahiers d'Archaeologie et d'Histoire* no. 13, pp. 127-140, National Parks, Ottawa.
- Henry, S. 1991. Consumers, Commodities and Choices: a General Model of Consumer Behavior, *Historical Archaeology* vol. 25, no. 2, pp. 3-14.
- Landon, D. 1996. Feeding Colonial Boston: a Zooarchaeological Study, *Historical Archaeology* vol 30, nº 1
- Levene, R. 1960. *Fundación de escuelas públicas en la provincia de Buenos Aires durante el gobierno escolar de Sarmiento 1856-1861 y 1875-1881*; Archivo Histórico de la Provincia, La Plata.
- Mayo, C. 1995. *Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820*. Ediciones Biblos, Buenos Aires.

Mayo, C.; L. Cabrejas y J. Miranda. 1996. La anatomía de la pulpería porteña, en *Pulperos y pulperías de Buenos Aires 1740-1830*, pp. 43-76, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata.

Moreno, J. L. 1965. La estructura social y demográfica de la ciudad de Buenos Aires en el año 1778, En *Anales de Estudios Históricos*, N° 8. Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Moreno, P. 1994. *Procesos de manufactura y fabricación de vasos y copas, fines del siglo XVII y XIX*, Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.

_____. 1997. *Botellas cuadradas de ginebra: estudio de la forma y procesos de fabricación desde mediados del siglo XVIII hasta principios del XX*, edición de la autora, Buenos Aires.

Politis, G. 1999. La actividad infantil en la producción del registro arqueológico de cazadores-recolectores. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* supl. 3, pp. 263-283, Sao Paulo. 1999

Prichett, J. y A. Pastron 1983. Ceramic dolls as chronological indicators: implications from San Francisco dump site, *Forgotten places and things*, pp. 321-334, Center for Anthropological Studies, Albuquerque.

Proyecto Arqueológico Quilmes. *Informe 1995-1996*, Municipalidad de Quilmes, informe mecanoescrito.

Quesada, V. 1910. *La vida intelectual en la América española durante los siglos XVI, XVII y XVIII*; Arnoldo Moen y Hno. Editores, Buenos Aires.

Randall, M. 1971. Early marbles, *Historical Archaeology* vol. 5, pp. 102-105.

Schávelzon, D. 1991. Arqueología histórica de Buenos Aires (I), la cultura material porteña de los siglos XVIII y XIX, Editorial Corregidor, Buenos Aires.

_____. 1992. La arqueología urbana en la Argentina, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

_____. 1995. *Arqueología e historia del Cabildo de Buenos Aires; informe de las excavaciones 1991-1992*, South Carolina Institute of Archaeology and Anthropology, Columbia.

_____. 1996. *Arqueología histórica de Buenos Aires (III): excavaciones en la Imprenta Coni*, Editorial Corregidor, Buenos Aires.

_____. 1999. *Arqueología de Buenos Aires*, Editorial Emecé, Buenos Aires.

_____. 2000a. *The Historical Archaeology of Buenos Aires: a City at the End of the World*, Kluwer Academic Plenum Press, New York.

_____. 2000b *Historias del comer y del beber: arqueología de la vajilla de mesa en Buenos Aires*, Editorial Aguilar, Buenos Aires.

_____. 2001. *Catálogo de cerámicas históricas de Buenos Aires (siglos XVI-XX) con notas sobre la región del Río de la Plata*, CD editado por Fundación para la Investigación del Arte Argentina y Telefónica- FADU, Buenos Aires.

_____. 2003. *Buenos Aires Negra, arqueología histórica de una ciudad silenciada*, Editorial Emecé, Buenos Aires, 2003

Silveira, M. 1999. *Zooarqueología histórica urbana de la ciudad de Buenos Aires*, Tesis doctoral Facultad de Filosofía y letras, Buenos Aires (inérita).

Silveira M. y M. Fernández. 1978. *Huellas y marcas en el material óseo del sitio Fortín Necochea (Partido de Gral. La Madrid)*, Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.

Silveira M. y M. Lanza. 1996. Zooarqueología de un basurero colonial. Convento de Santo Domingo (fin del siglo XVIII y comienzos del XIX), en *Congreso Argentino de Americanista*, tomo 2, pp. 531-552, Buenos Aires.

Silveira M. y L. Mari. 1999. *Zooarqueología del sitio Vizcacheras 2 (Partido de Cnel. Brandsen, provincia de Buenos Aires)*, Comunicación en 3ras. Jornadas Regionales de Historia y Arqueología, Guaminí.

Skogman, C. 1941. *Viaje de la fragata Eugenia*, Ediciones Argentinas Solar, Buenos Aires.

Smith, A. 1981. Glassware from a Reputed 1745 Siege Debris Context at the Fortress of Louisbourg, *History and Archaeology* no. 55, pp. 75-255, Ottawa.

Stasky, E. 1984. Just what can a 19th Century Bottle Tell Us, *Historical Archaeology* vol. 18, no. 1, pp. 38-51.

Solari, M. 1950. *Historia de la educación argentina*, Editorial Paidós, Buenos Aires.

Tedesco, J. 1983. *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1900)*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

Vedoya, J. 1973. *Cómo fue la enseñanza popular en la Argentina*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires.